

SAN SILVESTRE

2º, 3º

Roma (270)

Su fiesta es el 31 de diciembre. No por el Año Nuevo directamente, sino por ser el día de su muerte (335 d.C.). La coincidencia con la Nochevieja hizo que en muchos países (especialmente en Europa Central como Alemania, Austria, Suiza) se fusionaran la celebración religiosa del santo con las tradiciones paganas del cambio de año, dando origen a muchas leyendas.

Una de ellas cuenta que según la tradición medieval, en Roma vivía un dragón que envenenaba el aire con su aliento y enfermaba a la población. Nadie podía acercarse a su cueva sin morir.

San Silvestre, confiando en su fe, fue hasta la guarida del dragón con una cruz, una cuerda y el nombre de Cristo en sus labios. Al encontrarlo, lo dominó milagrosamente, atándole la boca con el cordón y sellándolo bajo tierra para que no volviera a hacer daño.

Una leyenda medieval cuenta que Silvestre curó de la lepra al emperador Constantino, quien en gratitud le dio poder temporal sobre Roma y Occidente:

En los primeros años del siglo IV, el emperador romano Constantino cayó gravemente enfermo. Su cuerpo se cubrió de llagas dolorosas, y los médicos de la corte no encontraban remedio. Desesperado, buscó ayuda en sacerdotes paganos, quienes le dieron “una terrible solución”: debía bañarse en sangre de niños inocentes para curarse.

Cuando los niños ya estaban reunidos, Constantino escuchó sus llantos y vio a sus madres suplicando. Su corazón se llenó de compasión y decidió cancelar el sacrificio, prefiriendo morir antes que cometer tal crueldad.

Esa noche, mientras dormía, tuvo un sueño: se le aparecieron unos ángeles y le dijeron:

– “Busca al obispo Silvestre, oculto en el monte Soracte. Él te mostrará el camino de la vida.”

Al despertar, el emperador mandó buscar a Silvestre, quien vivía escondido por las persecuciones contra los cristianos. Cuando finalmente lo llevaron ante el emperador, Silvestre le habló de Cristo y le propuso una señal de fe: el bautismo.

Cuando Silvestre bautizó a Constantino, la leyenda dice que sus llagas desaparecieron al instante y quedó completamente sano. Conmovido por el milagro, Constantino declaró su tolerancia hacia el cristianismo y colmó a la Iglesia de privilegios.

Esta historia cuenta que:

En los años 60 del siglo pasado, Eduard Möricke visitaba a menudo a su amigo Guillermo Hartlaub en un pueblito cerca de Stuttgart (Alemania).

Allá, un frío día de invierno, dio un paseo con su amiga más joven, la hija del maestro de la escuela, que se llama Amele.

Confiadamente, Amele había puesto su pequeña mano en la más grande de su amigo, y así caminaban juntos por el parque invernal.

Amele preguntó de repente, así como lo había oído de los adultos:

-“Eduard, ¿Quién era san Silvestre?”

Eduard, sonriendo miró hacia abajo a su pequeña acompañante.

-¿San Silvestre?”

-“Es un santo que viene una vez al año con nosotros los Hombres; y te contaré lo que hace, escúchame.”

Y esto es lo que le contó Eduard:

Cuando se camina por la gran vía celeste, muy, muy lejos, hasta el portal por el que llegamos al País de las Estrellas, entonces se pasa por cada uno ‘de los Doce Valles Astrales,’ hasta que finalmente, después de cruzar el último, el Sol se ve de espaldas. Es así cómo se llega a la Puerta que conduce al “Jardín de Dios”.

Frente a esta Puerta, en medio de amplio prado verde, hay una casa pequeña; durante todo el año florecen las plantas y flores muy bellas.

Ahí, los pequeños Becerros de la Luna brincan y corren, rodeados de alegres Niños que los cuidan.

En una sección aparte, están pastando los Cuatro Caballos Blancos Lunares, que pertenecen a san Silvestre. Son caballos preciosos; su piel brilla como plata y cuando brincan, sus herraduras reflejan la luz de la Luna a la Tierra.

Y es entonces cuando la gente dice:

-“Miren, que esplendorosa que está la luz de la Luna esta noche.”

Las ventanas de la casita están abiertas, y adentro —juh!— alguien está roncando. Suena como cuando tu vecino Carlos está talando los troncos de los árboles.

Hay una cama gigantesca con dosel, y con cortinas blancas; está pintada tan bonita como la de tu abuelita Manuela. Y debes saber que el que está roncando en esa cama es Silvestre.

En el último amanecer del año, sale al *Jardín de Dios* un pequeño angelito, golpea con sus puños en la puerta:

-“¡Silvestre, despierta, ya es hora de levantarte!”

Adentro desde la cama se oye un gruñir y un gusanar:

-“Unuaahhh...”

En seguida se abren las cortinas y se asoma un rostro con la cabellera totalmente greñuda:

-“¿Qué?, ¿Ya es el tiempo otra vez?”

Silvestre sabe muy bien que no hay que hacer esperar a Dios. Por eso se apresura en arreglarse, y pronto sale vestido y calzado por la puerta, agachándose, porque es de gran estatura. Lleva un manto de piel de oso polar, grandes botas forradas de piel, y en su cinturón lleva colgado un martillo de plata. Cierra la puerta de la casita, entra al cobertizo cercano para sacar el trineo.

Trae sus caballos blancos, les pone bridadas doradas con campanitas plateadas, los une, sube al trineo, y se acerca al portal del *Jardín de Dios*.

Golpea una vez el portal con su martillo de plata, y resonando como una gran campana, se abren las dos alas del portal. Silvestre entra.

Sus caballos blancos tienen que esperar; con cada golpe de sus herraduras con el suelo llueven chispas de estrellas hacia la Tierra.

Detrás del portal hay un jardín frondoso, y detrás de él, una sala gigante, sin principio ni fin; allí se encuentran el Sol, la Luna, todas las Estrellas, irradiando su luz.

Pero todos esos bellos rayos no se comparan con la luz que emana del Trono de Dios, que es como mil soles que brillaran sobre la Tierra. Dios Padre recibe a Silvestre con una bondadosa sonrisa:

-“Te saludo, mi querido siervo, ¿vienes a llevarte al “Niño del Año Nuevo?”

Le da una señal a **Micael**, quien sale para traer al Niño, el Año Nuevo.

Micael llega al *Río Eterno*, y al extender su mano sobre éste, un Niño sube a la orilla. El arcángel lo levanta en sus brazos, y se lo lleva a Dios, quien lo abraza con ternura. Dios Padre lo mira a los ojos, le pone su mano en la frente, y le da su bendición. Luego se lo entrega a Silvestre:

-“Llévalo con los Hombres”.

-“Es el Año Nuevo con la bendición de Dios.

-“Tráeme al Año Viejo de la Tierra de los Hombres.”

Silvestre sale al jardín de Dios, y con mucho cuidado coloca al *Niño del Año Nuevo* en su trineo, cubriéndolo bien con sus pieles. Luego sujetas las riendas, chasquea con la lengua, y grita:

-“¡Arre!”

Los caballos blancos salen al galope como los cuatro vientos juntos, cruzando los Valles de las Estrellas. De sus herraduras esparcen chispas plateadas; las Estrellas les hacen señales de despedida con la mano y, tan sólo unos instantes después ya están viajando sobre la Gran Vía hacia la Tierra; y pronto llegan al Portal Terrenal.

Entonces Silvestre saca su *Martillo Plateado* del cinturón, golpeando el portal 12 veces.

Así se abren las dos alas del portal, y se escucha el repicar de campanas que provienen de todas las ciudades y países del mundo.

Presuroso, el *Niño del Año Nuevo* sale del trineo, se estira al lado de Silvestre, y le da un beso de despedida en su barba rizada. Y luego se pierde entre los Hombres.

Sobre una piedra frente al Portal, está sentada una figura vieja y encorvada. Está cansada, se levanta, mira a Silvestre, y le dice:

-“¿No me reconoces, verdad?”

Asombrado, Silvestre responde:

- "¡Mi Año Viejo!, ¿qué mal te han tratado los Hombres?

"Sube al trineo, que partimos en un momento."

Mientras se cierra el Portal se siguen escuchando el repicar de campanas y el cantar de los Hombres que con alegría saludan al Año Nuevo.

Silvestre regresa a toda velocidad por el mismo camino, y poco después el Año Viejo se presenta ante Dios, con aspecto triste y muy abatido. Pero Dios le sonríe, y levanta su mano para bendecirlo.

Y Micael lo acompaña tomándolo del brazo en su regreso al Río Eterno, lo sumerge en el agua pura donde permanecerá hasta que un día lo llamen de nuevo.

Entonces, Silvestre desengancha sus caballos blancos, los lleva a pastar, y se sienta a gozar de un buen desayuno.

Y luego, satisfecho, se acuesta en su cama gigante con dosel, se estira cómodamente, y cierra los ojos hasta el próximo día de san Silvestre.

Este cuento, lo guardaban y contaban ya los bisnietos de Ámele.

Fuente: *El Profanador de Textos*